

# *Anatomía de una generación*

POR

CARMELO LISÓN TOLOSANA

Quizá parezca un tanto extraño el epígrafe de este ensayo, pero la palabra anatomía significando “abrir” y “escudriñar” la encontramos ya en el diccionario de Palencia de 1490. Covarrubias precisa más la semántica funcional de la palabra y subraya la consideración de las “partes” de un conjunto en su “compostura”. Quevedo y Saavedra Fajardo hacen gala de mayor vuelo imaginativo y se sirven de la poeticidad del sintagma “hacer anatomía” para realzar metafóricamente el poder cognitivo del examen de algo realizado “con particular cuidado y estudio”.<sup>1</sup> Mi pretensión es analizar en *kenosis*, esto es, en disección extirpadora quirúrgica, otro sintagma: “generación del 98”, que después de un siglo de bonanza muestra ya señales inequívocas de agotamiento. Y esto lo voy a intentar no sólo como *Deutung* o exégesis de cambiante significado sino también como personal juicio maiéutico, como *Wertung*.

## I

Pensadores, tratadistas, teólogos, arbitristas, reformadores, médicos, juristas y polígrafos han sometido a España a tratamiento psiquiátrico a raíz de desastres tales como el fracaso de la Invencible (1588), los continuos reveses militares de 1623 a 1640, la pérdida de Portugal, el devastador hundimiento de los tercios en Rocroy (1643) en el que se perdieron 200 banderas, la Paz de Westfalia (1648) y la de los Pirineos (1659), que jalonan *in crescendo* el ocaso del Imperio, el fracaso político y la derrota moral.<sup>2</sup> El plural desastre del 98 y el Tratado de París del 99 configuran un similar punto de inflexión o examen de conciencia de la tradicional esencia hispana, pero desde tesis antirregeneracionistas, anticanovistas, anticolonialistas y antimilitaristas.

Esta explosión crítico-literaria, con altas cotas artísticas, es resultado, nos aseguran panegiristas del 98, de una postura pesimista, de un sentimiento de frustración, del desaliento, abulia y hastío de un reducido grupo de escritores, temperamentos agrios, polémicos e inquietos, iconoclastas y contradictorios, anarcoides y amargados, que hacen su entrada en el mundo de las letras hacia finales de siglo. Estetas ideoló-

---

<sup>1</sup> Véanse los *Diccionarios* de Palencia, Covarrubias y de Autoridades.

<sup>2</sup> LISÓN TOLOSANA, C., *Individuo, estructura y creatividad*, cap. VII, Madrid: Akal, 1992.

gicos meditan con amargura –nos siguen diciendo– sobre el fracaso y la decadencia nacional, denuncian los males de la patria, lo absurdo de la existencia y la miseria del tiempo en que les ha tocado vivir. Eruditos, moralizantes a su manera y agnósticos han marcado la historia de la literatura por su actitud dramática y agónica ante el enigma de las ultimidades humanas, por su senequismo y misticismo adogmático, pero también y en contrapeso, hacen notar cómo sus creaciones literarias nos han deleitado por su exquisita sensibilidad, escudriñadora e inventora del paisaje castellano, por el espíritu de observación detallista y por la finura de algunas de sus penetraciones históricas que captan el significado perenne de lo vulgar y cotidiano.

Pero en su poesía, novela, narración y teatro hay algo más; un antropólogo entrevé, sin vacilar, incisiva etnografía andariega que trae retazos vivos, diáfanos, trágicos, negros de Castilla, Galicia, País Vasco y Andalucía especialmente. Virtualmente todos o casi todos los esperpentos y muecas trágicas valleinclanescas las encontré en activo en la Galicia rural de los años sesenta. Y, sin embargo, rara vez se hace notar en su profundidad y extensión por los tratadistas del 98 este aspecto conjuntivo de los escritores a finales y principios de siglo. Sorprendentemente esta copiosa y a veces densa etnoliteratura cuenta poco o nada, a pesar de su carácter concreto geográfico y sus finas percepciones locales, entre los definidores del 98. Porque no es sólo Valle-Inclán con sus pazos, almas en pena, endemoniados, compañías nocturnas, hampones, mendigos, santeros y clérigos decadentes, brujas y supersticiones macabras el que nos trae, en deformación goyesca, las voces de la tierra; es también Unamuno –que nos recomienda “chapuzarnos en pueblo”– el que dibuja personas y ciudades de una España trágica y traduce tipos, momentos y estados de alma a paisajes interpretativos espirituales. Al bucear como ninguno en la intrahistoria de nuestros pueblos, esto es, en la historia cultural, a través de sus novelas básicamente realistas, Unamuno congela vitales estructuras humanas. El andalucismo esencial de Juan Ramón alcanza raíces costumbristas en *Platero y yo*, y lo sensorial se hace arte en la producción folclórica de los Machado. Cómo se dicen las realidades es una manera de acercamiento cognitivo, porque la forma nos puede descubrir algo que está más allá de lo inmediato. El *tempo lento* de las calles y plazas solitarias de pueblos y pequeñas ciudades, los oficios tradicionales –“el tronco de la vieja humanidad”–, la Yecla abúllica, Monóvar, Petrel, Villena y Alicante vienen transfigurados en la obra de Azorín lo mismo que Orihuela en la refinada narrativa de Miró, quien nos cuenta, además, las peripecias de un humilde cura rural, la historia trigeracional de una casa en un pueblo levantino, etc. Pocos como él han apreciado el valor del detalle etnográfico. El costumbrismo de Alcalá del Campo, el ambiente de Cuenca, las gentes del mar vasco, los mayorazgos, el color local y los tipos regionales, las guerras carlistas, las tensiones sociales, el radical realismo de los bajos ambientes madrileños convertidos en

crudos aguafuertes ocupan muchas páginas en las obras de Baroja, que siempre rezuman sensación de lugar, y esto sin contar las veintidós novelas de carácter histórico que escribió. Y no entro en el verismo hispano demoledor, rabiosamente realista, de la novela “diafenomenal”, o mejor, multifenomenal, desgarrada, dialecto asturiano, vida rural, covada, el honor, temas clave en Pérez de Ayala porque no son muchos—repite el caso Miró— los que lo consideran 98. Cierto que en Valle-Inclán encontramos muecas de guiñol y tipos cubistas, transfiguración y nimbo poético en Unamuno, creación artística en Juan Ramón, máscaras y caricaturas en Baroja y perspectivismo levantino en Azorín y Miró, pero no olvidemos que todos hablan a dos voces, que poetizan la etnografía y que antropologizan la literatura y, no menos importante, que los hechos humanos nunca encuentran una descripción definitiva y única porque los bloques culturales son epistemológica y ontológicamente generosos significantes privilegiados. No basta la pura razón kantiana para interpretar lo humano; son necesarias, además, la intuición, la imaginación y la creatividad. Hasta detrás de los títeres, muñecos, esperpentos y degradantes figuras macabras valleinclanescas adivinamos poéticas interpretaciones profundas.

He entresacado el primer florilegio de hipogramas definidores de la actitud narrativa de los escritores del 98 de una docena de historias de la literatura que conozco y de otra docena de monografías sobre el tema que he leído; por razones obvias he preferido guiarme por ellas. Las primeras dedican capítulos enteros al tema, a excepción de la de Hurtado y González Palencia, que sólo le concede unas pocas líneas;<sup>3</sup> no todas, por otra parte, admiten el conjunto de presunciones comúnmente adscritas en la determinación del concepto. Pero además, y como acabo de indicar, los *topoi* ya clásicos, esto es, el conjunto de elementos constitutivos de ese universo según los especialistas, creo que podría razonablemente aumentarse con la hebra *etnográfica* para entretrejer también con ella la estructura narrativa grupal y dar una visión holística más perfilada. Pero, curiosamente, al incluir en el marco cognitivo de referencia este nuevo esquema de instrucciones desplazamos del conjunto al fundacional y errabundo Maeztu y tenemos que añadir, por otra parte, a Ganivet y Costa, por ejemplo, nombres que no aparecen en todas, sí en unas pocas, listas noventayochescas.

¿Qué estoy sugiriendo? Que todo conjunto, clase o agregado es selectivo y excluyente y, por tanto, arbitrario, que en toda clasificación tenemos que distinguir y precisar el campo de individuos que la integran y la intensión o universo de discurso, es decir, que tenemos que seleccionar nombres y seleccionar características y que en este proceso conjuntivo no todas las proposiciones empíricas tienen el mismo rango,

<sup>3</sup> *Historia de la literatura española*, 5.ª ed., Madrid, 1943, p. 992.

pues muchas de ellas son en realidad *normas* descriptivas y, por tanto, partes de la definición. Explican apriorísticamente, no describen, lo que ocasiona numerosos problemas de clasificación y definición. Veámoslo desde otras perspectivas.

## II

Es realmente expresivo, en relación a lo que acabo de decir, el carácter dubitativo e inconsistente de la generación, esto es, del origen del concepto. Parece ser que fue Gabriel Maura el primero que en 1908 acuñó el rótulo *generación del desastre* para designar un reducido grupo de escritores jóvenes pesimistas que se dieron a conocer en torno a 1898. Otros como él, más optimistas, reaccionaron de manera diferente y, por tanto, no pertenecían a esa generación; tampoco Ortega y Gasset, quien por esas fechas se consideraba noventayochista. Desde luego que ninguno de los dos entendía en aquel momento por *generación del 98* lo que nosotros entendemos hoy. Hacia 1900 los escritores jóvenes revolucionarios eran llamados *modernistas* y todos ellos, desde Rubén Darío a Baroja, Unamuno, Valle-Inclán, Azorín y Maeztu tenían el mismo horizonte de referencia.<sup>4</sup>

Dos años más tarde, en 1910, inventa Azorín en las páginas de *ABC* el membrete *generación del 96*, en la que, además de incluirse a sí mismo, nombra a Valle-Inclán, Benavente, Baroja, Unamuno y Maeztu; pero tres años más tarde, inspirado por Ortega, según Cacho VÍu y Cerezo, la rebautizó, en *Clásicos y Modernos*, como *generación del 98*, contraponiéndola a otra que imaginativamente construyó como *generación erótica*, y añadiendo ahora al primer elenco generacional los nombres de Manuel Bueno y Rubén Darío.<sup>5</sup> Los textos de Azorín revelan, por tanto, el concepto *in fieri*, sus dudas, cambios de opinión, estado de alerta frente a apreciaciones ajenas y, lo que no es menos significativo, su conceptualización sobre esa naciente categoría que, de nuevo y curiosamente, tampoco coincide con la que nosotros tenemos hoy. Azorín entiende como *generación del 98* no un grupo elitista emprendedor que guía a la amorfa masa a lo Ortega y Gasset, sino el conjunto de escritores más la sociedad –o segmentos muy importantes– en la que viven en un momento determinado, lo que antropológicamente llamaríamos hoy el *ethos* cultural predominante, pero teniendo en cuenta los deficientes medios de comunicación finiseculares.

---

<sup>4</sup> MORÓN ARROYO, C., en VV. AA., *Historia de la literatura española*, vol. II, Madrid: Cátedra, 1990, pp. 1.051-1.052.

<sup>5</sup> El artículo de AZORÍN dado a conocer por LAÍN ENTRALGO se titula “Dos generaciones”. Véase P. CEREZO, “El pensamiento filosófico” en VV. AA., *La Edad de Plata de la cultura española*, vol. I, Madrid: Espasa Calpe, 1993, p. 141.

Pero hay algo más: Azorín formula el cálculo proposicional del concepto 15 años más tarde, lo que quiere decir que lo enmarca con coordenadas narrativas del presente –1913– que reescribe e interpreta no en *emic* sino en *etic*, porque el paso del tiempo, la acumulada experiencia de vida, la cambiante ideología –y en esto los del 98 fueron notorios– y la memoria reconstruyen necesariamente el pasado, homogenizan y dan consistencia a algo amorfo e inexistente o sólo incipiente. En 1913 Azorín pretende coger la espuma de un impreciso momento –¿1896?, ¿1898?–, de algo tan amorfo y evanescente como la esencia de una incipiente, no configurada, ideología definidora de un variable grupo de escritores con plurales provincias alternativas de significado. Éste es el escenario en el que Azorín crea y aplica un concepto que pretende categorial, pero en el que, obviamente, en ese momento, hay mucho más de *positum* que de *factum*. La clase azoriniana *generación del 98* no es independiente ni anterior a su dubitativa creación e interpretación; más aún, esa categoría requiere de un código organizador y de un marco interpretativo que, desde 1913 y hasta hoy, han estado cambiando, lo que ha hecho que el concepto se haya enriquecido de nuevas penetraciones iluminativas, por una parte, y desvanecido por un rechazo frontal como categoría interpretativa, por otra.

Tampoco es esto todo. Azorín hace algo más y de mayores consecuencias. Al nombrar el sintagma *generación del 98*, lo llama a existencia. La palabra crea realidad, produce inmediatez, objetiva y fija, otorga un recio sentido de existencia real. Y de permanencia. El número y calidad de autores, el volumen de obras publicadas sobre el tema, la aceptación de la nomenclatura por los expertos en el campo y la consagración del concepto en el *locus praecipuus* que constituyen las historias de la literatura y de España lo prueba, sin dejar espacio a la duda. La cantidad y calidad iterativa, programada de la terminología, le confiere un elevado grado de existencia substantiva y ritual que, convenza o no teóricamente, hay que tener necesariamente en cuenta. Además, sabemos en Antropología que la invención imaginativa realza y mejora la realidad, que transfigura hechos conduciéndolos de lo banal a lo sublime o dotándolos de un cierto halo mágico-científico que exagera y dramatiza. La nomenclatura formula, acentúa, potencia y crea; hace pensar. Veámoslo en operación.

La proliferación de generaciones es altamente sorprendente; he encontrado en mis lecturas referencias y adscripciones a las generaciones de 1811, de 1826, de 1841, de 1856, de 1870, de 1880, de 1892 –ésta con tres subperíodos–, de 1914, de 1915 y de 1927. En cuanto a riqueza teminológica, la selva es todavía más frondosa. He aquí algunas variaciones: abuelos del 98, nietos del 98, epígonos del 98, 98 menor, generación de sabios, de literatos, de hombres de ciencia, de divulgadores, de precursores, de la dictadura, de la amistad, de poetas profesores, de figuras principales, de espíritus menores, de celebridades, plenamente 98, por tangencia, indiscuti-

bles, dudosos, fracciones generacionales, noventayochos, novencentistas menores, miembros reales, simpatizantes, gran coro, generación del desastre, trágica, reinante, superviviente, augusta o protagonista, cesárea o polémica, promoción más joven, etc., etc., pues yo también añadí alguno hace ya años. Pero no termina aquí el carnaval descriptivo. La falta de precisión conceptual provoca expresiones como éstas: “el maestro del 98” o “el jefe espiritual” (Unamuno), pues no se sabe dónde ubicarlo; “podría ser del 98” (Valle-Inclán); Ortega es a la vez “mentor de generación” e “hijo primogénito del 98”; Ganivet es “excéntrico”; Baroja, “desconcertante”; A. Machado “supera el 98” y Gómez de la Serna alcanza una nómina suprema: pertenece a una “generación unipersonal”.

Con todo esto no hacemos sino dar los primeros pasos, inciertos desde luego, en el laberinto generacional. Es obvio que en 1898 no era visible ni audible la generación del 98 porque no existía; se trata de una conceptualización *a retro, a posteriori*, lo que quiere decir que estamos celebrando el centenario de algo, que en aquel momento y en realidad, nunca existió. La sorpresa de los bautizados por Azorín como noventayochistas es bien reveladora: Baroja comienza rechazando tanto el concepto como su pertenencia, Valle-Inclán negó la existencia del grupo, Maeztu el concepto y, ambos, juntamente con A. Machado su inclusión. Unamuno sólo en 1916 se considera 98, precisamente cuando Azorín recapacita sobre su invento, duda del acierto de su denominación y escribe en sinceridad mayestática: “No acaba de gustarnos esto de la generación de 1898 [...] pase, como recurso de comodidad”.<sup>6</sup>

Y si de la etiqueta vacilante pasamos a la fecha clave, encontramos con que este privilegiado *punctum temporis* no pasa de ser un predicado simple, proyectable a capricho y sectorial. Ciertamente, muy cierto, que 1898 sonó como terrible golpe de gong revulsivo para una minoría político-intelectual según los testimonios de la época, pero, a la vez, no olvidemos que el efecto de sus escritos y la repercusión del desastre no pudieron alcanzar con igual intensidad a una nación que con 19 millones de habitantes tenía 12 de analfabetos. Baroja hizo notar en *El árbol de la ciencia*<sup>7</sup> la ausencia de sensibilidad madrileña precisamente en la fecha del desastre. El gran público siguió yendo a los toros y a la zarzuela y, más significativo, algunos “noventayocheros”, convertidos en bohemios, celebraron con jerez los éxitos de la Chelito, bailarina de expresivo ritmo modernista y a la vez cupletista en la alborada del siglo.<sup>8</sup>

<sup>6</sup> FERNÁNDEZ DE LA MORA, G., *Ortega y el 98*, 2.ª ed., Madrid: Rialp, 1963, pp. 51-52.

<sup>7</sup> VALBUENA PRAT, Á., *Historia de la literatura española*, vol. V, 9.ª ed., Barcelona: GG, 1983, pp. 270-271.

<sup>8</sup> GÓMEZ DE LA SERNA, R., *Azorín*, Buenos Aires: Losada, 1942, pp. 143-144.

La fecha inaugural, objetiva según criterio comúnmente admitido, empareja el detonador del desastre colonial con la publicación de las primeras obras significativas y representativas del grupo. Pero incluso esta fecha-criterio viene marcada por una necesaria arbitrariedad. Valle-Inclán publica *Femeninas* en 1894 y Ganivet su *Idearium español* —pieza clave y para muchos breviario del espíritu noventayochista— en 1897 y Unamuno se había adelantado incluso a esa fecha publicando *En torno al casticismo* en 1895 y *Paz en la guerra* en 1897. De mentalidad noventayochista es *Hacia otra España* de Maeztu (1889) y *Camino de perfección* de Baroja, que apareció en 1902, un año después de que Azorín, Baroja y Maeztu tomaran Toledo desde el salón del Gobierno Civil en el que, después de buen comer y más beber, se declararon anarquistas. Los tres y “un número de hombres jóvenes” trabajaban “por un ideal vago”,<sup>9</sup> o sea, en proceso de formación. Otros hitos internos representativos que vocean los ideales de este incipiente y mal avenido grupo van apareciendo —nótese— ya bien entrado el siglo XX, por ejemplo, *Castilla* (1912) y *Una hora de España* (1924), de Azorín, *Juventud, egolatría* (1917), de Baroja, y si añadimos al deslizando Valle-Inclán, su esperpéntico pero representativo *Ruedo ibérico*, no comienza a publicarse hasta 1927. Más aún: los autores que tientan más al público y dominan la escena literaria a principios de siglo parecen ser Blasco Ibáñez, Valera, Galdós y Benavente y, además, están en plena producción Cajal y Menéndez Pelayo. Años más tarde (1934-1935) Maeztu aseguró que la fecha del desastre no ejerció influencia alguna en el grupo.<sup>10</sup>

Es, desde luego, engañoso ver lo que es un proceso originándose en un momento preciso y emergiendo en bloque. Todo movimiento cultural importante, toda teofanía literaria novedosa va conformando lentamente representaciones alternativas que, a su vez, van adquiriendo cuerpo y consistencia propias paulatinamente. Todo planteamiento en novedad, todo amanecer estilístico, toda estructura narrativa con pretensión de comunicar mensajes ideales, éticos, de identidad e interpretativos exige no sólo cierta dosis de imaginación dialéctico-creadora, sino que precisa, también, de sedimentación histórica, sedimentación que disemina, reproduce y retroalimenta el cuerpo de doctrina interior. Toda simbiosis temática y toda solidaridad grupal necesita de la configuración progresiva de rituales de separación y autoafirmación, de liturgias dialécticas frente a, de retórica anti, de homenajes protesta, de ceremoniales actos colectivos emblemáticos, de una gramática distintiva de gestos, de formas y estructuras simbólicas en una palabra. Tres son —Baroja, Azorín y Maeztu— los que

<sup>9</sup> *Ibidem*, pp. 128 y ss.

<sup>10</sup> BERNAL MUÑOZ, J. L., *¿Invento o realidad? La generación española de 1898*, Valencia: Pre-Textos, 1996, p. 73.

durante un breve espacio de tiempo –pues no se entendían bien entre ellos– dramatizan a principios de siglo, actos colectivos de protesta no llevando corbata, cruzando la calle de Alcalá con violetas en la mano y chistera a la cabeza (1901), visitando la tumba de Larra, asistiendo al estreno de *Electra* de Galdós, publicando un manifiesto (1901), protestando por el Premio Nobel otorgado a Echegaray (1905), etc., gestikulaciones icónicas todas, propias del inicio ritual de un movimiento literario de ruptura. La visión *etic* posterior solapa tiempos, aglutina personas dispares, purifica y confirma un conjunto que en esa fecha nunca existió.

Hay que tener, además, en cuenta para repensar la paulatina configuración ideológica del grupo, otras consideraciones internas y crisis personales que tampoco coinciden con la fecha mágica del 98. El escéptico, agnóstico, contradictorio y anarquista Azorín –traductor de Kropotkin y expulsado de *El Imparcial* por sus ideas– pasa de su angustia metafísica de 1905 –*La voluntad*– a político conservador. El anarco-socialista Maeztu comienza a sufrir una crisis hacia 1911 y tras su conversión religiosa posterior se hace católico militante. El Juan Ramón panteísta y también anarquizante de su primera lírica se transforma en un místico egocéntrico en su segunda época. *La pipa de Kif* (1919) marca la metamorfosis de Valle-Inclán, que aparece como carlista simpatizante en *Ruedo ibérico* (1927) y como ácrata a lo Bakunin en *Luces de bohemia* (1924). De jóvenes dan gritos de muerte a don Quijote y quieren europeizar a España, pero maduros canonizan al caballero andante y pretenden, nada menos, que hispanizar a Europa. Pero como de esta mutación radical he escrito en otra ocasión,<sup>11</sup> omito comentarla ahora. Es obvio que las crisis interiores se van incubando morosamente y que los diferentes y cambiantes estados de espíritu, además de ser incommensurables, rara vez tienen acta de nacimiento y en todo caso no coinciden con la fecha-mito.

### III

Los *communes loci* generacionales parecen pues tener deficiente base objetiva; sin embargo, su fuerza generadora ha producido toda una plétora de obras histórico-literarias, aunque de variada penetración y exiguo interés teórico, porque un conjunto de ellas presupone la noción que tratan de explicar. Pero tampoco podemos quedarnos en ese *impasse*. El intento de esclarecer la posible virtud interpretativa del concepto fuerza a enfocarlo desde otras perspectivas cognitivas, a proyectar sobre él un cálculo predicativo de formas (nucleares, extrínsecas, relacionales, de semejanza, etc.) textuales y pronominales. No hay límite, desde un punto de vista lógico, a la posibilidad de establecer agregados, colecciones o clases, esto es, conjuntos arbitra-

---

<sup>11</sup> LISÓN TOLOSANA, C., *Individuo, estructura y creatividad*, cap. VII, *op. cit.*



rios de entidades con un fin específico. La fertilidad científica del universo seleccionado dependerá de su poder iluminador y explicativo, esto es, si en última instancia justifica u oscurece la realidad de que trata. Todo conjunto, para que sea tal, tiene que diferenciarse de otras combinaciones genéricamente próximas –de la generación anterior y de la posterior– conformando un campo de individuos concretos y un conjunto de propiedades específicas. Aquél nombra denotativa e individualmente a cada uno de ellos y éste selecciona por intensión ciertas propiedades que se asume pertenecen a los individuos. Aplicando esa doble premisa a la generación del 98 nos tenemos que preguntar: ¿qué inscripción predicativa *ab extra* hacen los apologistas del concepto?, ¿cómo usan el sintagma?, ¿lo postulan simplemente como proposición empírica o lo validan como proposición normativa?, ¿pasan frívolamente de la una a la otra? Y muy importante: ¿cuáles son las propiedades específicas y constituyentes? Vayamos por partes.

La selección de nombres noventayochistas ha estado marcada, desde el principio, por la duda. Azorín no sólo modifica la fecha-tótem sino que apunta en la *generación del 96* a Benavente, Valle-Inclán, Unamuno, Baroja y Maeztu, mientras que tres años más tarde, al rebautizarla como del 98, añade al elenco a Manuel Bueno y Rubén Darío. A partir de este momento fundacional la incertidumbre sobre designadores rígidos preside el campo: Laín, por ejemplo, añade en la nómina a los Machado, Salaverría, Villaespesa y, cambiando de registro, a pintores, músicos y hombres de ciencia. H. Jeschke excluye de la lista azoriniana nada menos que a Unamuno y Maeztu, quedándose con Benavente, Valle-Inclán, Baroja, Azorín y A. Machado, pero más selectivo es todavía R. Gómez de la Serna que la reduce a tres: Baroja, Azorín y Valle-Inclán. José Domingo<sup>12</sup> es consciente de la dificultad de encuadramiento; dejando fuera a Valle-Inclán como “figura oscilante”, se queda con Unamuno, Baroja, Azorín, A. Machado y Maeztu. En la *Historia de la literatura española* de varios autores editada por Cátedra (1990)<sup>13</sup> C. Morón Arroyo adscribe a R. Pérez de Ayala a la *generación del 14*, pero unas páginas más adelante Giovanni Allegra lo retrotrae a la del 98. G. G. Brown se sirve de otros ejes clasificatorios como novela de angustia vital (Ganivet, Azorín, Baroja y Pérez de Ayala) y novelistas de principios de siglo (Valle-Inclán, Baroja, Pérez de Ayala y Miró), lista esta última en la que se quiebra la inseparable pareja Baroja-Azorín.<sup>14</sup> D. Shaw define como “indiscutibles” noventayochistas a Unamuno, Baroja y A. Machado, índice rígido en

<sup>12</sup> Díez Borque, J. M. (dir.), *Historia de la literatura española*, vol. IV, Madrid: Taurus, 1982, pp. 71 y siguientes.

<sup>13</sup> Vol. II, pp. 1.057 y 1.084.

<sup>14</sup> Brown, G. G., *Historia de la literatura española*, 6/2, Madrid: Ariel, 1983, cap. 1.

el que por segunda vez aparece excluido Azorín. En el otro extremo abren el arco inclusivo noventayochista J. Cassou, que engloba a 8, más dos precursores (Costa y Ganivet), en su segunda opinión –pues la primera era más extensa–, G. T. Northup, que enrola a 16, y Dolores Franco, a 18.<sup>15</sup>

Pero no termina aquí la notoria discrepancia denotativa; al contrario, la dificultad en establecer una clase negativa en este universo de discurso viene multiplicada cuando pretendemos –pretenden los expertos– conjuntar las características literarias del fin de siglo. La nomenclatura entonces reinante no puede ser más expresiva; los escritores finiseculares jóvenes eran comúnmente apellidados *modernistas*. Más significativo todavía: Ricardo Gullón, Cerezo, Federico de Onís y el primer Salinas –sí el segundo, lo que patentiza la labilidad del encasillamiento– no distinguen entre noventayochistas y modernistas, optando por una visión conjuntiva o integral. Por otra parte, M. Fernández Almagro reconoce dos fracciones: la político-social, con Azorín, Baroja y Maeztu y la modernista con Benavente, Valle-Inclán y los Machado, división que no agrada a Lain. G. Sobejano, D. L. Shaw y H. Ramsden nos dicen que 98 y modernismo son rótulos diferentes. Valbuena Prat ve una “diferencia esencial entre los dos estilos”,<sup>16</sup> aunque reconoce la dificultad de ubicar al metamórfico Valle-Inclán quien por su estilo es modernista, pero por *Ruedo ibérico* podría ser 98. Díaz-Plaja es contundente y monolítico: el 98 es un movimiento independiente del modernismo; para él, curiosamente, es Cajal “el más puro representante de la generación del 98”.<sup>17</sup> Podría seguir añadiendo divergencias y discrepancias –de “expertos”– en cuanto a la extensión nominativa de miembros “noventayocheros” para confirmar y remarcar la ambigüedad esencial del *genre* 98 y su consumo plurívoco, pero creo que es suficiente lo expuesto para sugerir que, aun tratándose de nombres propios –designadores rígidos de realidad–, la adscripción exotópica vacila y fluctúa. Todos ellos habitan plurales territorios de significación y, por tanto, de formalización.

Si del tejido categorial inclusión/exclusión pasamos al marco conceptual de referencia intensión-propiedades, ¿podemos precisar con nitidez la conjunción de características que determinan y dan sentido al conjunto? O, en otras palabras, si, en lugar de seleccionar por enumeración extensiva los miembros del grupo, determinamos la fusión intensiva de singularidades específicas histórico-literarias del conjunto, nos encontraremos en posición, primero, de zanjar la problemática anterior, pues-

<sup>15</sup> Lo leo en GRANJEL, L. S., *La generación literaria del 98*, Madrid: Espasa Calpe, 1966, pp. 48 y ss.

<sup>16</sup> VALBUENA PRAT, Á., *op. cit.*, pp. 286, 312 y 319.

<sup>17</sup> DÍAZ-PLAJA, G., *Modernismo frente a 98*, Madrid: Espasa Calpe, 1951, p. XIV.

to que la intensidad fijará la extensión, y segundo, de estimar si es lógicamente congruente y teóricamente fértil el manido concepto generación del 98.

Pero la realidad es que entramos ahora en un campo minado por incómodas dificultades. Efectivamente: ¿cómo han identificado los especialistas –podemos preguntarnos– las notas distintivas y definidoras de clase?, ¿de qué criterios se han servido?, ¿cómo han justificado las conclusiones? La pluralidad de respuestas e interpretaciones parece indicar que el discurso subyacente a la selección de características específicas, más que iluminar, oscurece la compleja realidad. Además hay razones intrínsecas para la duda sobre este punto de partida en el ámbito generacional. He aquí algunas formulaciones del flujo de ejes y pautas de enfoque.

El primero, en jerarquía lógica, es el biológico y los ritmos biológicos subsiguientes, a partir de una primera determinación que hemos visto es –y no puede ser de otra manera– arbitraria. Lo mismo sucede con el cronológico y éstos son –notémoslo– los anclajes llamados a fundamentar en objetividad y realidad el principio de una generación. Son dos criterios inherentes al concepto, pero ante las dificultades que plantean los interesados han ensanchado sus arcos de referencia para incluir áreas y zonas de fechas, tiempos flexibles, el más o menos, en una palabra. Esos ejes, *a parte quo*, han sido desvirtuados, no sólo por su ineficacia normativa interna, sino porque, además, y debido a ella, los tratadistas, en conjunto, han optado por subrayar paradigmas temáticos como más importantes para fijar denotación y connotación. Entre éstos han sido privilegiados sucesos históricos (locales, nacionales, internacionales), políticos, bélicos, sociales, culturales, geografías regionales y, más arriesgado y enrevesado, las consecuentes reacciones temperamentales individuales y hermenéuticas personales sobre los mismos (historia hispana, carácter español, clase política, instituciones, objetivaciones literarias del pasado, valores, creencias, etc., por ejemplo).

A este denso e imposible florilegio diferenciador hay que añadir el importante pero inseguro criterio genérico-estilístico (lírica, narrativa, novela, poesía, realismo, alegoría, etc.), pues virtualmente todos los noventayochistas, regeneracionistas y modernistas participan simultáneamente en varios de ellos. Y si de aquí pasamos a otros *patterns* selectivos, como ideología común, credo político regenerador, mentalidad, cuerpo de doctrina y *Weltanschauung* o reflexión sobre la condición humana, etc., temas todos sumamente complejos y vidriosos, nos veremos forzados fabricar un conjunto desigual que desborda el esquema y que, por consiguiente, es lógicamente heterogéneo e incongruente. Y en cuanto a solidaridad de grupo, sólo muy a principios de siglo actúan al unísono Baroja, Azorín y Maeztu, tres personajes de sensibilidad humana y literaria diferente y que con frecuencia no se entendían del todo.

Unamuno se descarta del grupo, Azorín polemiza con Unamuno y Unamuno polemiza con Maeztu y con Ortega, y éste con Azorín y Baroja con éste y Ayala con Maeztu; lo que era de esperar tratándose de caracteres inconoclastas, agresivos, torturados –unos más que otros, desde luego–, anarcoides, pesimistas y escépticos a su manera, que en sus actitudes diferentes y estados mentales cambiantes oscilan entre la convergencia, el solapamiento, la ignorancia mutua y el rechazo.

Cierto que alguno de estos criterios podría someterse a una cierta formalización lógico-semántica para conformar algo así como un algoritmo que fijara la extensión por intension y que convirtiera el conjunto enumerativo en una clase lógica mejor definida, algo que en rigor no se ha hecho, si exceptuamos, entre otros, el leve intento de Laín,<sup>18</sup> pero aunque seriamente se intentara, tendríamos que reconocer la enorme dificultad de objetivar convincentemente los textos, porque toda lectura de textos –y esto es lo que en realidad tenemos– es idiosincrática, presupone un perspectivismo subjetivo, una aceptación proléptica del concepto, la parábasis del marbete y algo más cuestionable: la proyección del pensamiento actual o del trasnochado modo categorial germánico sobre movimientos y personajes literarios de hace un siglo. Y definitivamente, porque un conjunto discursivo lingüístico es imposible de controlar en sus detalles. Siempre tendremos que partir de categorías, siempre tendremos que interpretar, pero siempre, también, tendremos que recordar que toda interpretación textual selecciona, exorciza y diagnostica, que nunca el texto es puramente unívoco, que el poder de la retórica es multivalente y que toda categorización dogmatiza. La nomenclatura *a posteriori* formula y acentúa, crea; surge de deficiencias histórico-literarias. La decisión definidora e incluyente categorial es, en última instancia, voluntariosa, arbitraria. ¿No es altamente significativo que, entre docenas de apolo-gistas –en mayor o menor grado– del concepto, sólo uno de los noventayochistas –Baroja– sea sancionado por todos? La realidad histórica, cultural y humana es mucho más rica, polimorfa y polivalente; no se deja aprisionar por simples categorías *ad hoc* y recursos terminológicos artificiales.

¿Tiene vigencia teórica el concepto generación? Para Ortega es “el concepto más importante de la historia”, y “pieza indispensable de la teoría de la sociedad y de la historia” para Marías,<sup>19</sup> por citar a dos conocidos. El test del concepto depende del marco lógico de referencia y ya hemos visto que, debido a la naturaleza del contenido, tiene que tolerar tal grado de vaguedad e imprecisión que acaba convirtiéndose en un recurso cómodo y artificial de clasificación. Generación es un modo cultural

---

<sup>18</sup> LAÍN ENTRALGO, P., *La generación del 98*, Madrid: Espasa Calpe, 1997.

<sup>19</sup> MARÍAS, J., “El método histórico de las generaciones”, *Revista de Occidente* 1049: 95 y 97.

con fuerza *emic* y verdad psicológica que puede tener validez heurística en ciertas formulaciones descriptivas, pero carece de vigor lógico deductivo. En cuanto conjunto categorial es heterómero y heteromórfico, heterónimo y heteronómico, engloba partes y formas diferentes en carácter, sujetas a modos de operación y principios diferentes; pertenece al modo cultural subjetivo. Esto quiere decir que se trata de un modo de descripción flexible, con argumento siempre abierto, inexhaustible porque está fundado en ambigüedad. Y en cuanto modo cultural cuestiona la lógica polar y las relaciones de univocidad, trocando ambas en categorías inseguras, pendulares, a lo zen. El concepto es útil siempre que lo tomemos en su aspecto meramente descriptivo por aproximación, no explicativo, como modo de descripción auxiliar, no como modo de ser, sino como categoría de indeterminación, en una palabra, para encuadrar los modos alternativos de la lógica de la cualidad, de la lógica de lo inarticulado y disperso. Generación es un *fuzzy set*, un tipo lógico muy bajo.<sup>20</sup> Y no puede ser de otra manera, sencillamente porque los apologistas de la generación no aprontan una noción primitiva con fuerza e intensidad, rigor específico exclusivo y definidor de la categoría y, a su vez, esto es así porque el cálculo de conceptos que unos piensan como esenciales son meramente accidentales para otros, hasta el extremo de que sólo Baroja es admitido por todos, lo que da como resultado una contradictoria generación unipersonal. En definitiva, lo que tenemos es un haz de propiedades proyectadas, propiedades que dimanen de sentimientos, emociones, ideologías, apreciaciones y reacciones subjetivas en cadena, características todas con predicados elusivos, esto es: lo que tenemos es un perspectivismo plural, intencional, analógico-metafórico ciertamente atrayente pero no propiedades fenoménicas sino, repito, estados intencionales. ¿Pero es sólo esto?

#### IV

El estudio del tiempo en sus múltiples formulaciones socio-culturales, como, por ejemplo, tiempo vivido, duración, su percepción, representación y gestión es ya centenario en Antropología.<sup>21</sup> Al hecho universal de la base biológica le son asignados, por medio de rituales de iniciación, arbitrarios roles, variadas funciones sociales y significados culturales que narcotizan, hasta cierto punto, los ritmos biológicos. A

---

<sup>20</sup> Sobre todo esto pueden verse los cap. V.1 y el principio del VI de LISÓN TOLOSANA, C., *La santa compañía*, Madrid: Akal, 1998.

<sup>21</sup> Debido a M. MAUSS, H. BEUCHAT y H. HUBERT, siendo de los dos primeros *Éssai sur les variations saisonnières Eskimo* (1904-1905) y del primero y el último *Étude sommaire de la représentation du temps dans la religion et la magie* (1909).

los seis años se embarcaban como criados los portugueses en las grandes naos que, padeciendo múltiples penalidades, les llevaban, si sobrevivían, al Extremo Oriente; así adquirirían nervio y fibra marinera. A los doce años se alistaban los mozos españoles en las banderas de enganche con capitanes que les llevaban a descubrir América y Hernán Cortés tenía 18 años cuando comenzó su aventura mejicana.

Muchas sociedades, entre las que destacan las orientales africanas, han desarrollado complejos sistemas de gestión, representación y articulación del tiempo, incardinando a todos los miembros en sucesivos grupos de edad social *—age sets—*, cada uno de los cuales está marcado por un elaborado rito de iniciación que periódicamente se repite según la demografía del grupo, criterio éste más importante que la pura edad biológica. Así se inserta al individuo en una trama genealógica o zona amplia de edad, según va creciendo, al paso que va acumulando socialización en un ciclo cultural que lo conduce desde el nacimiento hasta la muerte. De esta forma las cohortes de edad sobrepasan la edad biológica y armonizan la linealidad vital con la “ciclicidad” cultural, esto es, haciendo coincidir las etapas generacionales de una cohorte con actividades prescritas colectivas.

Hace más de 30 años analicé aspectos de la antropología del tiempo en una comunidad del valle medio del Ebro<sup>22</sup> y encabezé un capítulo de la monografía resultante bajo el epígrafe “*Generations*”. En él investigué, primero, cómo un hecho biológico es desnudado de su rigidez natural y moldeado por los valores culturales de la comunidad; segundo, bajo qué condiciones aparecen nuevas generaciones de referencia, y tercero, la articulación dialéctica de cohortes sucesivas. Con este fin *in mente* me acerqué a los hechos etnográficos desde un ángulo específico: intenté verlos como conjuntos complejos de interrelaciones que se producen en momentos muy concretos y me esforcé por explorarlas en sus múltiples conexiones, formando parte de subsistemas, tanto estructurales como diacrónicos, diferentes. Me guiaron en este empeño categorías temporales abiertas, lapsos de tiempo caracterizados por coeficientes de aislamiento comunitario y temporalidades poderosamente afectadas por agentes externos como fue la Guerra Civil. Paso a paso intento mostrar cómo la historia reciente es incorporada al identificar, por una parte, categorías de personas, esto es, cohortes generacionales, con densas experiencias, vividas desde perspectivas diferentes, y por otra, experiencias personales y tradición comunitaria. Me ocupo después del análisis de la socialización cíclica de cada grupo de edad en roles sociales, para pasar, a continuación y en mayor amplitud, al examen de la conexión de las posi-

---

<sup>22</sup> LISÓN TOLOSANA, C., *Belmonte de los Caballeros: Anthropology and History in a Aragonese Community*, cap. VIII, Oxford: University Press, 1966 - Princeton: University Press, 1983.

ciones de poder generacional y sus respuestas a la innovación técnica en el pueblo, y, por último, investigo las interrelaciones de todas esas categorías.

¿Qué quiero insinuar con todo esto? Que siempre que dotemos de flexibilidad a una base biológica podremos señalar, en ciertos momentos salientes, ritmos político-culturales que pueden ir marcando, en unas etapas mejor que en otras, la invitación a, y posible incorporación de, cohortes de individuos a estilos, maneras, usos, movimientos, facciones, etc., que ellos mismos, dialécticamente, producen y por los que son producidos, pero siempre que tengamos en cuenta la infradeterminación de todo grupo de edad y también que toda adscripción exige siempre una narrativa de largo alcance, por una parte, y compromisos entre el detalle y la generalización, por otra. Hacia 1520-1530 aproximadamente, se produce una nueva orientación en la densa vida intelectual castellana; se va conformando una renovación lógico-teológica y legalista encabezada por el padre Vitoria (¿1483?-1546) a la que se van uniendo, con aportaciones personales, Martín de Azpilcueta (1491-1586), de Soto (1495-1560), M. Cano (1509-1560), Las Casas (1474?-1566), Toletus (1532-1596), Molina (1535-1600), Acosta (1540-1600), Báñez (1528-1604), Vázquez (1531-1604) y Suárez (1548-1617); y de la misma cantera son Bartolomé de Medina, Peña, Carranza, Luaisa, Cuevas, Salinas, Pedro de Aragón, Deza, los Ledesma, Juan de Lugo y Matías de Paz, por citar a los más importantes. En cuanto grupo en progresión, su influencia fue extraordinaria en la Escolástica, en Trento y en Hispanoamérica; unos son dominicos y otros jesuitas, unos han pasado por San Esteban de Salamanca y otros por San Gregorio de Valladolid. Cuando muere Suárez han transcurrido más de cien años del nacimiento de Vitoria, pero todos reconocen a éste como mentor en línea directa, pues se consideran discípulos.<sup>24</sup> Esta cohorte intelectual es conocida como la Escuela de Salamanca. Para que tenga sentido la denominación requiere una arquitectura conectiva abierta, a lo Wittgenstein con su *Familienähnlichkeiten* y, además, un *fine tuning* analógico que deje siempre espacio para navegar entre las cotas impuestas por una matriz compleja, matriz integradora de conceptos fundamentales que, nótese una vez más, no aparecerán todos ni siempre en cada uno de los miembros o partes del conjunto.

<sup>23</sup> J. DAVIS comenta sobre esto en *People of the Mediterranean. An Essay in comparative social Anthropology*, Routledge and K. Paul, 1977, pp. 247-250, y "The Social relations on the Production of History" en *History and Ethnicity*, E. TONKIN, M. McDONALD y M. CHAPMAN, eds., Routledge, 1989, pp. 104 y ss.

<sup>24</sup> COPLESTON, F., *A History of Philosophy*, I, vol. III, The Newman Press, 1985, pp. 22-23 y 353 y ss.; PAGDEN, A., *The Fall of Natural Man*, CUP, 1989, p. 60.

Una generación no conforma un grupo monolítico basado en biología o en momento preciso, no está definida por un canon único sino por *patterns* analógicos, más o menos precisos, y por amplios criterios discriminadores interpretables; su ontología viene constituida por un conjunto enumerativo (en extensión) y coherente (en intensión) en necesaria relación dialéctica con la anterior con la que, a pesar de la dinamicidad de la tensión inherente, forma un *continuum* procesual, en conjunción y disyunción simultáneas. En cuanto representación descriptiva de un contenido cultural, estimo que los conceptos antropológicos *ethos*, *pathos* y *Weltanschauung* son más apropiados y pertinentes que generación, pero siempre que estén fundamentados en etnografía precisa y concreta, siempre que tengamos en cuenta que conforman un conjunto de elementos lógicamente abiertos que no comparten necesariamente ninguna característica en común que les fuerce a ser miembros de esa clase y siempre que encuadren, sin fronteras rígidas, una temporalidad conceptualmente determinada. Y en todo caso, ninguna de estas categorías tiene fuerza lógica rigurosamente deductiva, lo que no les priva, como afirman los apologistas de la generación del 98, de vehiculizar, en proposiciones *etic* que describen supuestos estados mentales y conceptuales (no situaciones reales), conjuntos enumerativos con baja cota intensional, ciertamente, pero también con la vasta energía del gesto simbólico y con la potencia del mito ancladas ambas en la *malaise* finisecular, en la doble naturaleza del período que comenzaba a abrirse a la modernidad y, en no menor grado, en la generosa manipulación posterior de una significativa fabulación cultural. Valdría la pena examinar con detención las razones del origen y persistencia de una ya secular representación mental, pero esto exigiría otro ensayo.